

# DE EXTREMADURA A TRIESTE

*José María Saussol*  
*Università di Trieste*

---

## **Resumen**

En este artículo el autor ofrece una evocación literaria de su vida en Italia, relacionándola con las propias actividades académicas; de ahí su carácter autobiográfico. Más de cuarenta años de experiencia como docente universitario, constituyen un cúmulo de vivencias que con frecuencia superan lo narrativo para entrar a formar parte integrante del propio patrimonio cultural. Al tratarse de un trabajo con base en sus propias memorias, el autor ha preferido eludir el habitual aparato erudito. En él lo anecdótico, sin ser despojado de su ocasional carácter lúdico, se presenta no ya como mero pasatiempo, sino más que nada como instrumento para elaborar cultura, consolidarla y transmitirla.

## **Palabras clave**

Lingüística contrastiva, sociolingüística, tolerancia, machismo, nacionalismo.

## **Abstracts**

In this article, the author offers a literary evocation of his life in Italy, relating it with his own academic activities, hence the autobiographic nature of his prose. More than 40 years teaching as a University professor amounts to a great deal of experiences which often exceeds sheer narrative, in order to become an integral part of an individual's cultural heritage. Being an article based on personal memories, the author deemed appropriate to avoid the conventional framework of scholarly writing. As a matter of fact, the anecdotic tone of this writing, not exempt of an occasional playful nuance, accounts for more than mere divertissement and rather becomes an instrument to process, consolidate and transmit culture.

## **Keywords**

Contrastive linguistics, Sociolinguistics, Tolerance, Machism, Nationalism.



En octubre de 1969, al tomar el barco de Barcelona a Génova para incorporarme en la Universidad de Bolonia como lector de español, ¿quién pudiera haberme dicho que iba a conocer mi segunda patria? Ciertamente estaba enamorado de ella sin haberla visto, pues desde niño sabía que buena parte de las raíces de la cultura hispánica provenían de Italia y que un día del año 218 a. C., con los hermanos Escipiones, atravesaron el mar, llegaron a Ampurias y desde allí se fueron extendiendo por la piel de toro de Iberia, para elevarse, hechas árbol poderoso, junto a otros ya presentes, y multiplicarse más tarde en pacífica convivencia con las que del oriente habían de venir.

He vivido rodeado de raíces culturales itálicas. Mi infancia transcurrió en la ciudad extremeña de Mérida, «la Roma española», así llamada también por la calidad de las obras de arte y monumentos hispano-romanos que conserva. Ya en edad escolar, noté cómo la historia de ambas naciones se entrelaza, cómo sus literaturas y su arte se encuentran y, sobre todo, cómo España ha seguido paso a paso los grandes movimientos culturales italianos, hasta el punto de constituir éstos -con los autóctonos, los árabes y los hebraicos-, su linfa vital que florece espléndidamente en un arte nuevo, de peculiar originalidad. Recuerdo a Velázquez, que en Italia supo captar la luz de Caravaggio, y a Boccherini que en España asimiló a la perfección el espíritu de su folclore, y hasta llegó a componer un «fandango» (quinteto n° 4) que más bien parece obra de un español.

Con tales precedentes, mi llegada a Italia no fue traumática en absoluto. No me sentía en un país extranjero, sino como en casa propia. De hecho, al salir de mi apartamento para ir a la universidad, todavía bajo los efectos del sueño, me sorprendía no oír hablar español sino canto de pájaros exóticos. Pensaba en mis compatriotas, quienes motejan al italiano de «pintoresca cantilena», sin dejar de tener algo de razón, pues frente a la sobria sonoridad del español, comparable a la de un timbal que redobla en la meseta castellana -imagen debida a la firmeza de sus vocales, a sus rotundas sílabas abiertas con rechazo de fonemas geminados, a sus consonantes relajadas, al uso tan mesurado de los rasgos prosódicos-, el italiano presenta al oído hispánico la musicalidad de una



entonación en que la alternancia de grupos fónicos largos y breves le confieren ampulosidad y ligereza, así como el uso de tonemas marcadamente ascendentes y descendentes, le dan el color de un aria de Verdi, mientras que sus breves grupos de intensidad le proporcionan la gracia rítmica de una Carla Fracci en sus mejores momentos. Si a la gesticulación suprasegmental se añade la corpórea, llevada al extremo en el sur, la imagen del ballet pudiera resultar menos excesiva.

«Dime cómo hablas y te diré quién eres», reza la *vox populi*. Y es que del contacto con sus lenguas brota el conocimiento del carácter profundo de los pueblos. Además, el estudio confrontado de dos idiomas –materia de la lingüística contrastiva– pone de relieve características del propio y del ajeno que, de otro modo, permanecen ocultas. Como consecuencia, esta familiaridad con el italiano, me ha abierto ventanas que me permiten observar mejor el interior no solo de las dos lenguas, sino la diversa idiosincrasia de las gentes que las hablan, abriendo el paso a consideraciones ya en el ámbito de la sociolingüística.

De modo que con mis estudios, investigaciones y razonables intervalos dedicados a otros menesteres que quien lee puede imaginar, entre plato y plato de deliciosos *tortellini* regados con el chispeante *Trebbiano*, llegó 1987, en que, después de cansar a la imprenta con mis aburridísimos libros, por no hablar de lectores y amigos, mis colegas italianos -temo que para librarse de mí- me asignaron la cátedra de Lingüística y Literatura Española del Ateneo Triestino.

«¿Y tú te vas a Trieste? -me decía un amigo boloñés-. ¡Pero si eso es el confín y cae fuera del mundo! Además, los triestinos son desconfiados, recelosos, de amistad difícil... y para colmo, medio habsbúrgicos, mezclados con italianos de todas las regiones, con istrianos, eslavos, europeos y demás representantes del globo... ¡Y con esa Bora!».

El panorama descrito, lejos de deprimirme, me animaba. Para mí la Tierra no tiene confines; si Trieste cae fuera del mundo, mejor, visto lo que el mundo a menudo ofrece; si los triestinos son desconfiados y recelosos, me parece virtud, no vicio, pues ¡ay de quien no lo sea!; lo de «amistad difícil» lo estimo como prueba de sabiduría: quiere decir que no se dan al primero que llega y tan fácilmente, como el espumoso de una botella agitada, vacía en un santiamén, sino como el Terrano o los vinos del Friuli, de los que sacan la sana sabiduría: *Chi va pian va san e va lontan*. Por lo que al calificativo «habsbúrgicos» se refiere, no me parece que lo sean tanto; por el contrario, deberían serlo mucho más, siempre que se atuvieran a imitar virtudes.

Lo mismo se aplique a las demás etnias de la Tierra: contactos útiles para abrir nuevos horizontes e ideas, para incrementar y enriquecer



la propia cultura. ¿Y la Bora? ¡Bendita Bora, digo yo! Infunde nueva vitalidad, casi te hace volar, acercándote más a Dios..., y hasta deja la ciudad con perfume de algas marinas y plantas del Carso. El cielo azul y el aire transparente que el fuerte elemento tras su paso deja, me hace pensar en la lejana Castilla, después de un fuerte temporal de Cellisca.

De modo que sin hacer caso a estas y otras advertencias semejantes, aquí levanté mi tienda y de aquí no tengo intención de moverme, como los *Hispaniarum Reges* carlistas, cuyas cenizas siguen soñando, en la Catedral triestina de San Giusto, con un trono que no ocuparán.

Fue elocuente la primera impresión que me dio la ciudad: además de su belleza, contemplé iglesias ortodoxas junto a católicas; más allá, la sinagoga; aquí otras de confesión protestante... ¡sin que nadie proteste! No quiero pensar qué hubiera sucedido en la España de hace algunos años ante un *cocktail* de credos tan abiertamente confesados, con beneplácito de vecinos y provecho de almas.

A propósito de esto me viene a la memoria un poema de Ben Hazm. En el siglo XI escribía: «Viniste a mí un poco antes de que los cristianos tocasen las campanas [...]», por lo que se deduce que en la Córdoba arábigoandaluza el sacristán cristiano, si no era amigo del almuecín árabe, por lo menos no se daba de tortas con él, al no transigir con su modo de anunciar la oración a un mismo Dios... Tolerancia y civil convivencia, en fin, interrumpida solo por escaramuzas, guerras y guerrillas de rigor, pautadas por intereses territoriales y económicos, hasta llegar más tarde (1492) a la expulsión de conversos y judíos.

Pero ya antes (1478) una bula de Sixto IV origina la creación del «Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición», mal que afectará toda Europa y que en España adquiere particular vehemencia: da al traste con la tolerancia del pasado por la que moros, judíos y cristianos convivían unidos, y unidos forjaron las bases culturales de una España, martirizada luego en las hogueras bárbaras de la intransigencia, en los instrumentos de tortura, en la cárcel, donde también fue a parar nuestro Fray Luis... entre otras imputaciones por haberse atrevido a traducir en prosa castellana el *Cantar de los Cantares*.

Y todavía sobre la cima de los montes, en la noche cerrada, asoma la silueta espectral de Torquemada, perseguida por la nueva y más temible lanza de Don Quijote, útil aún y no solo en su patria. No sé si tendría mucho trabajo nuestro emblemático Hidalgo si se trasladara al Carso triestino. Si el entuerto a satisfacer fuera solo el de intransigencia y convivencia incivil, es posible que de su lanza brotaran margaritas.

Pero quizás el personaje cervantino se encontrara bien aquí, incluso porque los triestinos dicen «*Noi triestini capimo tuti el spagnol*», lo



que presupone idéntica capacidad en los hispanohablantes; de forma que la barrera de la lengua se salta a la torera, sin esfuerzo alguno: «*Ti te parli spagnol e mi triestin e viva là e po' bon*».

Mas el triestino que se empeña con seriedad en el estudio de la lengua española, si no quiere acabar como el impetuoso enamorado del soneto de Miguel Hernández «...como el toro burlado, como el toro», bien pronto se da cuenta de la falta de fundamento de tal creencia, basada en impresiones que surgen de las normales analogías entre medios de expresión de raíz común: coincidencias de resultados de leyes fonéticas, prototípicas de lenguas románicas de añeja tradición oral, entre las que destaco la lenición de las oclusivas sordas /p, t, k/, la reducción y supresión de geminadas, así como semejanzas y paralelismos léxicos y morfológicos que nada tienen de misterioso; para explicarlos basta con recurrir a las etimologías, al origen latino común. Tampoco causa estupor el hecho de que la entonación del triestino y el español forme dos mundos aparte.

De modo que Don Quijote en Trieste hubiera tenido dos opciones: o dar clases de español o, en un *raptus* de furia, ponerse a ensartar triestinos, lanza en ristre, por haberse atrevido a afirmar que el español no es más que su propio dialecto hablado mal... ¡los muy herejes! Aunque estoy seguro de que nuestro personaje hubiera acabado hablando triestino, elemento de cohesión y caracterización para los que aquí se quedan; casi todos lo hablan, del albañil al profesor, sin que ello se advierta como rasgo connotador de clase social, como suele ocurrir con los demás usos dialectales, dentro y fuera de la península italiana.

De la comparación de expresiones del dialecto triestino con las correspondientes del español, se puede obtener alguna nota de interés para revelar el carácter diverso de ambas sociedades, ya en ámbitos sociolingüísticos.

Si un triestino nos dirige el fatídico «*no se pol*» –español «no se puede»–, comprendemos que oculta su voluntad de no querer hacer o que se haga algo, amparándose en el *se* impersonal, tras el que se esconde una velada alusión a leyes generalmente imaginarias; utiliza el modismo como escudo, tras el que se entrevé, además, su deseo de no poner en un primer plano su «yo» privado, propenso a no herir susceptibilidades, a evitar posibles enfrentamientos y de este modo endulzar los efectos de su firme determinación, hecho del que son conscientes: «*Co no se vol, no se pol*».

En fin, que son políticos allí donde tantos españoles suelen no serlo con su directo, sanguíneo y hasta prepotente «no me da la real



gana», paralelo conceptualmente a la locución triestina, pero concebido al revés, pues quiere decir: «No hago lo que se me pide porque yo, rey de mí mismo, no quiero». Es evidente la referencia implícita a la monarquía absoluta, por encima de leyes y parlamentos, así es que huelgan comentarios. Añadiré, para contentar algún posible lector español, que el modismo hispánico, muy usado a pesar de su rudeza, es coloquial-familiar y su empleo se justificaría por una situación que impulsa a la ira, nada contenida, del locutor.

Anoto otro aspecto contrastivo, también de posible interés en sociolingüística: a partir de la década de los años sesenta, en el lenguaje coloquial-vulgar, entre jóvenes hispanos se registran expresiones del tipo «¡Hola, macho!» y otras fórmulas donde, junto a «macho», ahora se alternan términos análogos, entre los que destaco «tío», como el anterior con sentido apelativo, laudatorio de características “viriles”, no precisamente entre las más refinadas. La forma «tía», con análogas características, se ha incorporado al lenguaje femenino; lo adoptan las jóvenes que desde hace algunos años tienden a suprimir diferencias de usos verbales entre ambos sexos, apropiándose de términos y expresiones que hasta ahora se han considerado como patrimonio exclusivo de varones, fenómeno que también se registra en Italia.

En cuanto a «macho», aparece con frecuencia en los saludos rituales, en innumerables contextos y como elemento de la función fática del lenguaje: para abrir el canal de la comunicación («¿qué te cuentas, macho?»); para mantenerlo («¿verdad, macho?»); consolidarlo («¡que te fijas, macho!») y cerrarlo («...y ahora, macho, ¡se acabó!»). Es como si con estas invocaciones, por medio del uso reiterado de «macho» u otros de su estirpe, los interlocutores se estuvieran recordando mutuamente el mérito de pertenecer al sexo masculino, así como las propias hazañas donjuanescas, motivos por los que se han ido ganando a pulso el privilegio de poder ostentar, a modo de bien merecida condecoración, los respectivos atributos; esos preciados dones que natura supo colocarles tan bien y en su sitio, con arte y largueza.

Queda claro que con «macho» aquí no aluden a virtudes viriles, como la valentía, la resistencia al dolor, el apego al trabajo..., ni mucho menos a cualidades éticas o intelectuales, sino a las que son propias del mejor dotado semental. De modo que a causa de las normales y frecuentísimas interferencias negativas, es de imaginar el gesto de estupor de un italiano al oír al muchacho español que le lanza un brioso «*buon giorno, maschio! Come hai dormito, stallone?*».

¿Y el triestino? Señalo «*Dio, be*», «*ciao, vecio*», «*ciao, mulo*»\*, además de otras expresiones afectivas, de uso asimismo en el estándar:



«*caro*», «*carissimo*»... Un italiano meridional alguna vez se dirigió a mí con «*no, tesoro*», «*si, stella*», mientras lo miraba con hispánica perplejidad, teñida de una cierta sospecha... ¡Y lo que me costó aceptar como algo normalísimo la costumbre italiana del beso amistoso entre hombres, cosa insólita por allá, o bien considerada como altamente ambigua!

...De modo que frente a la tipología de dichos usos -acompañados o no de ósculos-, los rasgos tonales y acentuales, las palabras acabadas en *-ini* etc, es de imaginarse lo que llegan a pensar los “machos” españoles de los gentiles, afectuosos y, en este caso, más cultos italianos... bastante machistas también, aunque se esfuercen en disimularlo y esconderlo tras esa miel, a la que Federico García Lorca alude asimismo en su «Retrato de Silverio Franconetti» en *Poema del cante jondo*:

Entre italiano  
y flamenco  
¿cómo cantaría  
aquel Silverio?  
La densa miel de Italia  
con el limón nuestro [...]

Versos en que la dulzura espesa, femenina y perfumada de la miel, se funde con el ácido, masculino, duro y jugoso limón, en una seguidilla gitana. García

Lorca sintetiza así el encuentro de dos culturas, de dos pueblos que se complementan, que juntos se enriquecen y pueblan el aire de armonías nuevas.

\* Para evitar posibles perplejidades, anoto que *mulo*, del dialecto triestino, en este contexto significa «muchacho, hombre».

Se deduce de lo dicho que a los españoles que siguen el adagio

El hombre y el oso  
mientras más feo  
más hermoso,

tal vez les sería útil una temporada en Trieste –o en otros lugares de Italia–, si no para cambiar actitudes, al menos para confrontarlas con



otras y poder sacar alguna conclusión. Pero temo que este tratamiento resulte espada de doble filo; es tan posible que cure a los más abiertos –quienes van a la búsqueda de armonías nuevas–, como que agrave la síndrome de los cerrados sin remisión. Por eso a Trieste, como a buena parte de Italia, o se la ama o se la detesta, lo que no depende del lugar, sino de uno mismo.

De lo que no dudo es que el contacto con etnias y culturas diversas les podría ser útil, incluso para suavizar los extremos del difundido nacionalismo hispánico -no siempre consciente del valor universal del propio patrimonio cultural-, que a muchos les lleva a proclamar a viva voz, en prosa, en verso y hasta con música «como en España ni hablar», «España es lo mejor»... y otras loas parecidas que nada tienen que ver con los fundados encomios de Azorín en su *España clara*.

Digo «suavizar» por temor de que mis compatriotas no lleguen al otro extremo, registrado en Italia: una extendida indiferencia ante el valor de la cultura nacional de un país maestro de artes y ciencias; indiferencia que el español medio no acierta a entender, si no se detiene a considerar los avatares históricos de la península italiana, fragmentada hasta hace poco, y donde, como consecuencia, lo regional se suele destacar sobre lo nacional, a mi parecer no apreciado como se debiera.

Un milanés, un romañol, un napolitano... mal toleran que se vituperen sus respectivas regiones delante de ellos, mientras se suelen quedar tan tranquilos si la atacada es Italia, en abierto contraste con la hispánica exaltación de todo lo que es suyo, tanto a nivel regional como nacional; actitud en fase de calo, aunque siempre presente, por la que -a causa de la emoción que lo propio suele comunicar- pueden llegar a afirmar que la luna española es más grande, más luminosa y más luna que la de los demás.

Mi deuda con Italia y con Trieste no es pequeña. Además de haber tenido la suerte de trabajar con maestros de valor, como Rinaldo Frolدی y Luigi Heilmann, desde aquí he aprendido a comprender mejor, a estimar más mi país, a reconocerle virtudes y defectos, a amarlo como es. Quién sabe si la atmósfera de tolerancia que en Trieste se respira, me ha ayudado a ser un español mejor que aquel joven que un día se alejó de las costas de su tierra.

Pero con frecuencia a ella torno, no ya a controlar la dimensión, el grado de luminosidad y la tipología única de nuestra luna, sino por motivos serios; entre ellos, un buen plato de «Cocido extremeño», uno de los pocos manjares que en Trieste «ni hablar», por falta de esos embutidos que, como en Extremadura, no se hacen en ninguna parte.



Otros platos como la «Paella», la «Sopa de ajo», el «Gazpacho», la «Tortilla de patata», los «Repápalos» etc., pueden salir tan bien aquí como allí, siempre que se pueda contar con una mano española, la mía por supuesto u otras a disposición.

De lo dicho se deduce que no padezco de incontrolladas melancolías. Ahora, en el momento del retiro, la sombra de tantos sinsabores la desvanece la luz del mejor recuerdo: la sonrisa de esos innumerables alumnos a quienes, con tanto entusiasmo, he dedicado mi vida.

Por otra parte me he acostumbrado a convivir con la añoranza por mi España, por mi extremadura, a transformar la morriña en recuerdos apacibles, gratos siempre, y hasta en material literario como el que recojo en mi novela *Las respuestas del agua*, Séneca, Córdoba, 2010.

Además me considero satisfecho con lo que aquí la vida, la ciudad y los buenos amigos triestinos me ofrecen, que no es poco. Ni siquiera me lamento de que en Trieste no haya corridas, exponentes del «sentimiento trágico» que de la vida tenemos los españoles; sin sangre y sin muerte, no tendría sentido la fiesta nacional; espectáculo por el que siento un reverente respeto si considero su ancestral historia, aunque el hecho de no poder presenciarlo aquí no me haga sentir melancólicas nostalgias; tal vez lo contrario.

Es verdad que mi experiencia italiana -¡43 años ya!- me ha servido para aumentar la querencia por España, como es verdad que mi inclinación por Italia ha pasado del enamoramiento inicial a algo más trascendente: el matrimonio con una italiana, a quien he inculcado una pasión tal por mi tierra, que llega a superar la que yo siento. Con ella he realizado una doble boda, pues me he casado también con Italia, aceptando todas las consecuencias, naturalmente por amor.